

## XLV.

### El sermón de las perlas.

---

Entre tanto los ordenadores de las cofradías designaban los puestos á los cofrades y á las hermanas, colocando á cada una en torno de su propia cruz; apoyaban los estandartes al rededor del bosque, y ponían, en fin, sobre su trono la imagen de la Virgen. Cerca se levantaba el púlpito del predicador. Dando una vuelta John, habíase colocado detrás de la imá-

gen, que con su gran manto quitábale á la línea visual de la ventana, desde donde con el rabo del ojo perfectamente lo había divisado su madre. Cambió de lugar esta también, y desde otra ventana se le puso enfrente, á fin de poder distinguir todos sus movimientos durante la fiesta. Hasta hubiese querido contar las palpitaciones de su corazón, sondeando toda su caída. No le quitó nunca los ojos de encima.

Ya se restableció el silencio y el fraile se dejaba ver en su sitio. No intentaba renovar los sermones terminados en la iglesia, sino tejer el elogio de aquellos campesinos excelentes, dándoles las gracias por la cristiana y noble acogida que habían hecho á él y á la palabra de Dios. En fin, para dejar un recuerdo durable de la misión, propuso que se regalase un buen collar de perlas á la imagen de María. La ocasión se le presentaba propicia sobre todo encarecimiento, por cuanto en el país religioso hacía tiempo que las buenas campesinas deseaban tributar aquel homenaje á su Virgen querida.

Se susurraba mucho que se haría una colecta con tal fin; los más celosos consideraban una ignominia que mientras todas las casadas y casi todas las solteras se

adornaban con lindas joyas, sólo la Virgen estuviese sin ellas. Esta razón, evidente y perentoria, convencía teóricamente á todos; mas la dificultad estaba en sacar la consecuencia práctica. Pretendían los prudentes que debíanse aguardar tiempos mejores, agregando que con las contribuciones, y los recargos, y los impuestos de guerra, y los arbitrios municipales, y las cosechas escasas, y el grano subido hasta las estrellas, no había forma de hacer gastos poco urgentes. Corrían así las cosas con deplorable frialdad: habiéndose ventilado nuevamente la cuestión en un consejo de las Hijas de María, tomó la palabra una valiente, que tenía suelto el frenillo de la lengua, y adujo una porción de razones, según las cuales era insoportable absolutamente tener una Virgen en el país, que los mismos señores de Florencia calificaban de linda y devota, completamente sin adornos, y sin un collar de perlas.—Mi opinión es, concluyó diciendo la oradora, que se haga el collar, y pronto. Si me oís á mí, se hará sin gastos. . . .

—Esto es imposible. . . . ¡Qué ocurrencia! gritaron en coro las del consejo.

—Es posible, muy posible, replicó la celosa preopinante.

—¿Y cómo?

—Vedlo; trescientas tenemos collar; cada una de nosotras dé una perla ó dos á la Virgen y se hará un. . . .

Un grito de aprobación acogió este felicísimo expediente, comprendido al vuelo.—Doy gustosamente la mía.—Yo también.—Pronta estoy á ello incontinenti. Yo dos.—Será el más bello collar del país, como es justo.—Tendrá tres vueltas, cuatro, cinco.—Nuestra Virgen tendrá el collar más rico y hermoso de toda la Toscana. Ya no se dirá que nosotras llevamos collar y ella no. Hubiesen deseado en aquella misma sesión comenzar á poner en práctica el decreto, sacando de sus propios collares la bendita perla que debía brillar en el cuello de la Virgen. Sólo que cuanto parecía portentoso el recurso á las jóvenes, otro tanto dejaba que desear al párroco, que concurría, por supuesto, á las deliberaciones de aquellas pías habladoras. No acababa de persuadirse de que los padres aprobarían la liberalidad de sus hijas, y persistía en su opinión diciendo:—Opino que no se puede hacer nada. . . . En estas circunstancias no se debe sembrar el disgusto en las familias. . . .

Entre tanto, la fama, con sus cien bocas

y sus cien trompetas, llenaba el país y las parroquias vecinas de lo sucedido en el parlamento de las Hijas de María. Unos enzalaban á las jóvenes y otros al párroco: pero el partido del sí ganaba terreno cada día, defendido como lo era por las lenguas más elocuentes del país, y, conviene decirlo, por los corazones más amantes, más férvidos y más sinceramente devotos.

En fin, se decía que casi solo se quedaba el párroco en el partido del no, dudándose de su celo y de su devoción. El se mantenía en sus trece. Como era natural, durante la misión hervía más que nunca el ansia de adornar á la Virgen. Rogóse al padre misionero que patrocinase una causa tan santa en el púlpito, pero prevenido á tiempo por el cura, iba negándose y defendiéndose con las mismas razones del sacerdote de la parroquia. En el día precedente había llegado á su poder una larga Memoria, extendida por uno de los que conocían mejor el país, en la cual renovábanse las súplicas para que perorase á lo menos una vez en favor del collar; habíanle firmado el síndico, los prohombres del pueblo, y cuantos padres de familia sabían escribir ó hacer un garabato. Con esto las dificultades desaparecían derrepente. El

discreto predicador había dejado este asunto para la despedida final, como si quisiese dejar dulce con ese confite la boca del los del país.

Contó, pues, con todos los adornos retóricos el hecho, á saber, el ansia manifestada por las jóvenes de enriquecer la imagen de la Virgen con un collar de perlas excelentes colmándolas de las merecidas alabanzas; por último, en medio del silencio y de la suspensión ansiosa del auditorio, añadió:— Ya que tal es la voluntad del país, y todos con amor y de acuerdo quereis dar á nuestra celeste Madre común, esta prenda de piedad filial, declaro solemnemente que lo agradece y lo acepta desde el cielo, sobre todo, por cuanto se hace la oferta en un día que todos teneis el corazón puro y santificado por los divinos Sacramentos. Sólo falta poner manos á la obra. Ante todo se necesita una coleccionadora de las perlas. Creo hacer una cosa grata escogiendo aquí mismo para el encargo nobilísimo de procuradora de la Virgen, á la señora condesa. A ella, pues, desde esta noche, se podrán llevar las perlas: una ó dos (no se recibirían más) cada esposa ó cada soltera: bien podeis creer que en las manos de la generosa depositaria, que tanto ha favorecido

la misión, serán bien custodiadas; si algún peligro hay, es que su número aumente.

Un contenido murmullo de aprobación universal siguió á estas palabras, continuando el misionero: Mas tened en cuenta, devotas donantes, que la lucida perla que, desprendida de vuestro collar, adornará la garganta y el cuello de la Reina de los ángeles, penderá cerca del corazón de la Madre como una prenda del corazón de sus hijas. Será como un escrito entregado á la Virgen, comprometiéndoos á conservar siempre vuestro corazón puro é inmaculado, para nunca displacer ni al verdadero Dios, su Hijo, ni á la divina Madre. ¡Ay de vosotras si, yendo á la iglesia, os presentárais en el altar de la Virgen con el corazón manchado! La perla con su candor os echaría en rostro vuestra mancha, acusándoos del delito de traición contra la divina Madre, rechazando la Virgen en el cielo el dón del alma traidora, como acoge hoy el del alma fiel. ¿Cuál es la que no quiere cumplir su palabra? ¿Cuál la que quiere amargar el corazón de tan tierna Madre? Ninguna, por el contrario, todas estais decididas á mantener vuestras promesas . . . ; promesas de fidelidad constante, inviolable y eterna. La que no quiera

prometer cállese . . . La que prometa con sinceridad, levante la voz y grite conmigo: ¡Viva Jesús!

Un ¡Viva Jesús! gritado por cien y mil bocas resonó por el valle.

Muy bien, continuó el predicador. Habeis hecho á Jesús y á María la promesa de observar fielmente la ley de Dios; es un contrato que estipulásteis durante la misión, al que habeis puesto ahora la firma con esta invocación pública . . . Dios lo ha visto desde la bienaventuranza, y los ángeles del Señor son testigos. ¡Ay de la joven primera que osase rasgar el contrato! ¡Ay de aquella mujer que no hiciese honor á su firma . . . ! Mas comprendo que á mantener los pactos contraídos con Dios en la misión no deben estar dispuestas sólo las que regalen perlas. No, no, también los jóvenes, que son la flor del país, los padres de familia y los ancianos, en los cuales está el juicio y el deber del buen ejemplo.

Sí, sí; también estos, y más aun que los restantes. Invito, pues, á todos, para que ratifiquen los buenos propósitos con un fuerte grito que salga del profundo de su corazón: ¡Viva Jesús!

Un estallido de voces masculinas repitió la santa exclamación.

—¡Viva María!

Un trueno más grande, largamente renovado por toda la reunión, saludó el bello nombre de la Virgen.

El misionero no había dicho aun la última palabra. Añadió en breve: Ea, pues, hermanos; hasta los hombres han firmado el contrato de eterna fidelidad á la ley santa del Señor. Falta que den una prenda, como lo han hecho sus esposas, sus hijas y sus hermanas. No son bastantes las palabras y se necesitan hechos. Las madres y sus hijas adornarán el pecho de María: los hombres pondrán la corona en su cabeza.

Me alejaría de este amado país con el corazón contento á medias, si sólo una mitad del pueblo hubiese ofrecido el tributo á María, negándose la otra mitad. ¿Por ventura estos robustos muchachos no reconocen también á María? por Madre suya ¿Qué padres hay que no sean también hijos de María? ¿Quién no necesita de su protección? ¿Quién no la implora para su asistencia en el lecho de muerte? ¿Quién no ansía tenerla por abogada é intercesora en el tribunal de su divino Hijo?

Había comprendido el pueblo que se trataba de meter la mano en el bolsillo, pero confusamente sólo: la proposición, por

lo tanto, no se había recibido aún con favor. El misionero se puso á explicarla: “Me consta bien que no son tiempos los presentes para pedir á los pueblos grandes desembolsos: lo sé, lo sé, y os compadezco. Sin embargo, no hay que olvidar que todos los tiempos son buenos para el bien; digo poco sino digo que cuando los tiempos son tristes, más se necesita la protección del cielo. Por lo demás, yo conozco el país, y hablándoos como embajador de vuestra Madre celeste, no os pido una corona llena de brillantes, ni una corona de oro; no por cierto: una simple corona de plata, que demuestre á un tiempo la común pobreza y la devoción común. Por consecuencia, hermanos míos, no pido que hagais llover doblones, escudos, libras brillantes, ó monedas con pelucas: ni me atrevo á pedir antiguas monedas de plata (eran propias de los tiempos ominosos, y venida la libertad, se perdió hasta su cimiento.)

Acogió una gran risa este paréntesis.

Dad del poco que os queda; algún billete semirroto y grasiento (1); algunos sueldos ó algunos ochavos.... Con muchos

(1) En Italia corren billetes hasta de media lira, ó sea de dos reales. Apenas se ve una moneda de oro ni de plata.—*Nota del traductor.*

pocos se reúne mucho, ó á lo menos se reúne lo suficiente.

Estas explicaciones alegraron en extremo, leyéndose en la cara de los oyentes que aceptaban la propuesta. Sacaban ya los portamonedas y las bolsas, metiendo algunos otros su mano en los bolsillos del pecho. El padre golpeó el hierro mientras estaba caliente. "Ya que se puede haer el bien, no lo dejemos para mañana. Aquí, aquí mismo, póngase la corona en la cabeza de María, ofreciendo la suma precisa para su coronación. Así se terminará la misión, al mismo tiempo, más dulce y alegremente recibireis la última bendición merecida con una obra buena y durable, con un solemne homenaje á la Madre de aquel Dios, del cual descienden todas las bendiciones en vida y en muerte, en el tiempo y en la eternidad."

El misionero prosiguió explicando las significaciones místicas de la corona de María, y la necesidad de nunca ofender al Hijo, después de haber honrado á la Madre, poniendo decoroso fin al discurso, con otras cosas útiles al pueblo. Entre tanto, no habiendo bolsas suficientes para el objeto de recoger pronto lo que había de dar una multitud tan numerosa, el marqués

Lauri, que estaba con una veste cubierta, junto al prefecto de la Congregación, le sopló en el oído:—Recojamos nosotros los congregantes, y sólo de los hombres.... Llevaré yo la bandeja.—Dicho y hecho; entra en su casa con su pequeño Horacio, que hábale acompañado á la procesión, y sale con una gran bandeja de plata. El prefecto entonces le dijo:—¡Oh, señor marqués! ¿por qué no haceis vos la colecta?—El cristiano patricio no se lo hace repetir, y dice á su hijo:—Lleva tú la bandeja.—Y por comenzar dando ejemplo, echa detrás la capucha, extiende sobre el plato un billete de veinte liras del Banco de Toscana, y luego, acompañado siempre por su hijo y por otros encargados de recoger, comienza á dar la vuelta. Todos le daban, y los colectores de la Congregación, con el bolso de costumbre, se distribuían por los límites extremos de la multitud.

Miraba la protestante mistress Needle desde arriba este cuadro; oyendo el discurso idolátrico del misionero, y sin aprobarlo, no perdía de vista á su hijo John, que ciertamente de propósito no había levantado á ella los ojos una sola vez. En su virtud, á la mujer angustiada quedábale sólo el recurso de ir rumiando consigo las

terribles palabras con que le recibiría cuando á casa volviese. En el ínterin, le reprochaba desde lejos y decía para sí:— ¡Descortés! ¡Mal criado! ¡Ni siquiera me ha dirigido una mirada.....! ¡Como si no supiera que aquí está su madre.....! Conoce que su conciencia se ha manchado, y no se atreve á sufrir las miradas mías.— Esperábala otra puñalada. Al llevar la bandeja por los alrededores el marqués Lauri, procuraba prudentemente no ir por donde seguía el joven. John, completamente por su gusto, sacó también otro billete y lo puso con los demás. El colector no lo pudo rechazar.

—¡Hasta esto era preciso! exclamó la madre ¡Y á mi vista!.....! Para John he concluido; no será ya nunca un buen protestante....; ha prevaricado! ¡Ha roto con su Iglesia....! ¡No lo maldeciré, no, nunca! ¡Libreme Dios! Más ¿cómo le puedo dar mi bendición?..... ¿Qué vida será la nuestra juntos? ¡Después de tal escándalo delante de mí y de sus hermanas.....! ¡Después de haberse apartado tan en público de nuestra fe!

Por tan crueles angustias atormentada, vió la fiesta concluirse, volverse la procesión y seguir su hijo el ejemplo de los de-

más, sin haberse dignado mirarla una sola vez. Acompañólo con un gesto amenazador, que decir quería:—Te aguardo al volver.